

Nuevas competencias juveniles para una plena ciudadanía

A diferencia de los años 80 y 90, los esquemas de "garantía" juvenil y de "segunda oportunidad" para los jóvenes que no siguen en la post-obligatoria se enfrentan ante un nuevo escenario de cambios que plantean nuevas prioridades

Uno de los efectos de estos cambios es que se ha devaluado la formación para un primer empleo poco cualificado al orientarse a oficios y sectores que han entrado en un continuo declive y en una máxima precariedad laboral, degradándose como opciones sin salida o poco atractivas; el empleo juvenil poco cualificado disminuye rápidamente en la agricultura, la industria y los servicios, aumentando la tasa de adultos que ocupan este tipo de puestos, especialmente mujeres procedentes del desempleo e inmigrantes recién llegados, los escasos empleos disponibles están más disputados y más cerrados o alejados de los más jóvenes. Los nuevos jóvenes poco o mal cualificados han elevado sus propias expectativas, huyendo de los empleos y formaciones menos deseados socialmente que no posibilitan una perspectiva de futuro ni se corresponden con sus intereses. Las necesidades curriculares y de conocimiento de este perfil de jóvenes han aumentado y se han diversificado, no sólo han de aprender un primer "oficio", sino que deben desenvolverse en una sociedad más compleja que evoluciona de manera imprevisible y que exige enfrentarse a una variedad creciente de informaciones fragmentadas y discontinuas que requieren una mayor capacidad de análisis e interpretación, saber comunicarse y relacionarse ante audiencias diferentes y más plurales, participar en equipos y resolver problemas en común reconociéndose como miembros activos de la ciudadanía y de la vida en democracia.

Más allá de las estrictas exigencias de los puestos de trabajo, debería valorarse cómo la formación de "segunda oportunidad" refuerza o resta estas competencias-clave entre los jóvenes poco cualificados.

Más allá de un empleo, estos derechos de conocimiento y de competencia que la escuela no les ha proporcionado, siguen siendo inalienables y deben ser garantizados por toda formación que se les ofrezca.

Los jóvenes demandan una mejor transparencia de las cualificaciones a adquirir, de su contexto real en el mercado de trabajo y de los objetivos educativos propuestos como un paso previo a la elección de programas y formaciones: muchas formaciones son redundantes y repetitivas y no parten de lo que ya saben y saben hacer los jóvenes que van acumulando cursos sin salida.

Muchos jóvenes no ven incentivos en los programas oficiales y prefieren derivarse hacia la informalidad laboral o hacia la inactividad. Los programas deberían ofrecer actividades atractivas, con sentido y valor para los propios jóvenes: evitando una imagen social negativa y una autoimagen de inferioridad respecto al resto.

El énfasis no puede centrarse en la inserción de corta duración, sino en potenciar un mayor y mejor acceso al conocimiento a través de rutas más variadas, de servicios más integrales y de currículums más completos para acercarse al nivel de los más aventajados: los jóvenes deben sentirse más igualados hacia "arriba".

La mayor selectividad de las plazas de aprendizaje o del empleo en las empresas, hace redescubrir otros espacios "educadores" de la alternancia con mayor efecto incluso: entidades del tercer sector, redes ciudadanas, sindicalismo, proyectos de cooperación, multiculturalismo, etc. En ellos también se aprende a trabajar.

Predomina un estereotipo compasivo de jóvenes poco cualificados que valora poco su creciente diversidad y su mayor capacidad crítica: las ofertas de formación y empleo que rechazan, ya están muy devaluadas.

Individualizar el problema colectivo supone traspasar la culpa de su situación a los propios jóvenes, dispersándolos en el mercado de formaciones y en numerosos filtros, tanteos y eliminaciones que pasan por sí solos. La tradicional solidaridad obrera ya no les acompaña y los mecanismos de orientación que la sustituyen, no se hacen creíbles.

Más participación

Los jóvenes demandan currículos más completos y no sólo ocupacionales: el desarrollo social y personal no sólo puede orientarse hacia el empleo y las necesidades del mercado de trabajo: también ha de incluir temas de ciudadanía, conocimiento de derechos, debates sociales y formación de la opinión.

En Dinamarca, por ejemplo, todo un tercio de los jóvenes fracasados critican la baja preparación del profesorado: quieren más discusión, mayor participación, trabajo por proyectos y visitas de estudio, demandando que el profesorado esté más involucrado y sea más interactivo con ellos.

En los países con una FP basada en el aprendizaje (Alemania o Dinamarca), los jóvenes rechazan muchas plazas ofrecidas por su nulo interés o se quedan sin plaza al ser más selectivas las empresas (todo un tercio en Dinamarca).